



LA BIBLIA, ¿UN PLAGIO?

Los sumerios fletaron el arca del diluvio

Hace casi cinco mil años y más de mil antes de que se redactara la Biblia, los sumerios ofrecieron testimonio escrito del primer Job, del primer Moisés, el primer esbozo del paraíso, la primera resurrección de una divinidad y, cómo no, el primer diluvio universal. Parece claro, pues, que los escribas del Antiguo Testamento se inspiraron —o plagiaron, opinan eminentes asiriólogos— en antiquísimos relatos paganos para crear el libro más importante de los cristianos.

Francisco González, autor de *Arqueología imposible: el legado oculto de los maestros constructores* (Odeón, 2016)

Para reputados estudiosos de las antiguas civilizaciones de Mesopotamia, existen pocas dudas acerca de que el relato original del Diluvio —así como otros relevantes episodios descritos en la Biblia— se redactó en Sumeria hace alrededor de 4.000 años, esto es, unos 1.500 años antes de que fuera escrita la versión judeocristiana del mito. Así lo recuerda el filólogo y asiriólogo británico Irving Finkel, autor de *The Ark Before Noah: Decoding the Story of the Flood* (*El arca antes de Noé: decodificando la historia del Diluvio*). Finkel, conservador del Museo Británico y uno de los mayores expertos mundiales en escritura cuneiforme, ha tenido acceso a decenas de miles de tablillas provenientes de la antigua Mesopotamia, algunas de las cuales relatan episodios asombrosamente parecidos —cuando no idénticos— a determinados pasajes del Antiguo Testamento o, más exactamente, del Génesis.

En realidad, pese a que la publicación del libro de Finkel y la emisión de un documental en *National Geographic* a propósito de las hipótesis del asiriólogo despertaron una encendida polémica en ciertos ambientes religiosos —curiosamente, también lo consiguió el estreno del filme *Noé*—. La noticia de que los escribas hebreos tomaron "prestados" relatos babilonios no es ni mucho menos nueva.

Otros eminentes investigadores como George Smith y Friedrich Delitzsch llegaron a la misma conclusión muchas décadas antes que Finkel. En el caso del erudito alemán, todo comenzó con una aparentemente inocua lectura académica que Delitzsch impartió en 1902, a propósito del contenido de ciertas tablillas que una expedición arqueológica había desenterrado en el yacimiento de Assur, colonia babilónica y posteriormente capital asiria hasta 879 a.C. Titulada originalmente *Bibel und Babel* (*La Biblia y Babel*), el argumento central de la conferencia no fue otro que el de mostrar —y tratar de demostrar— los evidentes paralelismos existentes entre los textos épicos babilonios y relatos del Antiguo Testamento, incluidos pasajes tan relevantes como la Creación y el Diluvio.

Como cabía esperar, más teniendo en cuenta que el debate sobre la historicidad y la "revelación divina" de las Sagradas Escrituras estaba en pleno apogeo, Friedrich Delitzsch fue objeto de furibundos ataques provenientes de la ortodoxia teológica. Sin embargo, lejos de amedrentarse, el asiriólogo alemán, hijo del respetado teólogo luterano Franz Delitzsch, continuó ofreciendo sus lecturas allí donde le llamaban, insistiendo en sus tesis y contraatacando a los teólogos que pedían la suspensión de sus conferencias. Durante los años siguientes, Friedrich Delitzsch revisó y aumentó el contenido de *La Biblia y Babel*, publicando en la década de 1920 un texto titulado *El gran engaño*, en el cual, no sin amargura, acusaba

◀ **IRVING FINKEL** muestra la tablilla en la que se alude a una gran inundación y a las medidas de un barco que debía construirse.

»»

"Sabemos actualmente que este libro, el clásico más grandioso de todos los tiempos, no ha surgido, como quien dice, de la nada"

» de inmorales a quienes habían tratado de desacreditarle desde los púlpitos. Al contrario que su homólogo alemán, el asiriólogo británico George Smith encontró un ambiente más favorable cuando, tres décadas antes, exactamente en 1872, hizo público el contenido de varias tablillas babilonias halladas en las ruinas de la biblioteca del rey Asurbanipal, en Nínive, y datadas hacia

el siglo VII a.C. *Grosso modo*, en dichas tablillas, integradas en el conocido como *Poema de Gilgamesh*, se narraba cómo un tal Utnapishtim, tras ser advertido sobre una terrible inundación por su dios protector, Enki/Ea, recibía el encargo de construir un arca: "El barco habrá de ser cuadrado, de modo que su longitud sea igual a su anchura [...] Reúne entonces y embarca en él ejemplares de toda cria-

tura viviente [...] Al séptimo día cesó el aguacero. El océano se calmó. No había vida humana alguna. La raza humana se había convertido en arcilla". Finalmente, según se cuenta en una de las tablillas recuperadas en Nínive, la nave de Utnapishtim encalló sobre el monte Nimush, tras lo cual el héroe Utnapishtim soltó una paloma y luego una golondrina, que volvieron al no hallar dónde posarse.



© Rebuilding Noah's Ark/National Geographic Channels

Más tarde, decidió soltar un cuervo, que ya no regresó.

Lo que Smith ignoraba al publicar sus hallazgos sobre lo que él llamó "relato caldeo del Diluvio", es que una de aquellas tablillas no fue escrita en el siglo VII a.C., sino alrededor de mil años antes, en la misma época en que fue redactada la tablilla en poder de Irving Finkel. ¿Por qué esa enorme distancia en el tiempo entre unas y otras? La respuesta es bien sencilla: se trata de un relato supuestamente alegórico que surgió en Sumeria en torno a 2400 a.C., habiéndose incorporado al corpus de creencias de las sucesivas civilizaciones

que ocuparon Mesopotamia. Es decir, el relato pasó de sumerios a acadios y de estos a babilonios y asirios.

En opinión de Finkel y otros muchos expertos, es más que probable que los judíos desplazados a Mesopotamia tras la destrucción del Primer Templo de Jerusalén, suceso que dio lugar al exilio y cautiverio de los hebreos en Babilonia, conocieran de primera mano los hechos culturales de la sociedad que les había "acogido". De hecho, Finkel subraya que las tablillas sobre el Diluvio y otras con contenido similar eran "material escolar"; esto es: su lectura y aprendizaje estaban al alcance de los hijos e hijas de los emigrados hebreos. De ahí que especule con que los escribas del Génesis se inspiraran en dichos textos a la hora de componer el primer libro del Antiguo Testamento y la *Torá*, lo cual, en opinión de Finkel —por cierto, judío— no va en demérito de los escribas hebreos, ni mucho menos en contra de la legitimidad o validez moral de los textos sagrados judeocristianos y musulmanes.

Probablemente quien mejor ha expuesto la conciliación entre los ámbitos científico y religioso en relación con este último punto ha sido el eminente asiriólogo Samuel Noah Kramer, también judío e hijo de represaliados en un pogromo antisemita, quien escribe lo siguiente en su imprescindible libro *La historia empieza en Sumer*: "En realidad, las investigaciones arqueológicas efectuadas en los 'países de la Biblia', que ya han dado tantos resultados de primera importancia, proyectan una vivísima luz sobre la misma Biblia, sobre sus orígenes y sobre el ambiente en que nació. Sabemos actualmente que este libro, el clásico más grandioso de todos los tiempos, no ha surgido, como quien dice, de la nada, como una flor artificial emergiendo de un jarrón vacío. Esta obra tiene unas raíces que se extienden hasta un lejanísimo pasado y se esparcen por los países vecinos de aquel en donde hizo su aparición. Ello no disminuye en nada, desde luego, ni su valor ni su alcance, ni el genio de los escritores que la compusieron. Hay que admirar el milagro hebreo, ya que es un verdadero milagro ver cómo en la

Biblia los viejos temas estáticos rompen el cuadro de sus esquemas convencionales para desarrollarse lozanamente en esta obra con un dinamismo, un vigor creador sin equivalentes en la historia del mundo".

Con su habitual sensatez, Kramer trató de alejar debates innecesarios sobre su obra, a sabiendas de que el contenido de la misma iba a acarrearle más de un disgusto. No en vano, en su exitoso libro publicado en 1956, el asiriólogo norteamericano dedicaba jugosos capítulos a subrayar que los sumerios, hace casi cinco mil años y más de mil antes de que se redactara la Biblia, ofrecieron testimonio escrito del primer Job, del primer Moisés, del primer San Jorge, el primer esbozo del paraíso, la primera resurrección de una divinidad y, cómo no, el primer diluvio universal.

Como observarán por lo anterior, las hipótesis de Irving Finkel no constituyen novedad alguna en el ámbito de lo que algunos calificaron como "herejía babilonia". Sin embargo, el brillante asiriólogo británico, profundo admirador de los trabajos de su homólogo y compatriota George Smith —a quien a menudo califica de "héroe"—, ha puesto su grano de arena a propósito de un elemento fundamental en el episodio del Diluvio: el arca de Noé... o de Utnapishtim o de Siuzudra o ¿qué tal de Xixutres?...

Venerado como santo en la Iglesia apostólica armenia, Moisés de Corene (Movses Khorenavs'i, en armenio) es considerado el "padre de la historia de Armenia" y, desde luego, sus escritos están en las antípodas de resultar heterodoxos. No obstante, en su obra más destacada e influyente a nivel historiográfico, *Historia*, escribe lo siguiente en relación con el suceso fundacional que originó el poblamiento de su propio país: "Y el más perfecto entre los filósofos, Olímpodoro de nombre, dijo así: 'Les contaré esta narración llegada de tradición no escrita, que muchos entre los aldeanos cuentan hasta ahora. Hubo un libro acerca de Xixutres y sus hijos, que ahora no se encuentra en ninguna parte, y en el cual, se dice, el orden de las cosas era el siguiente. Después de la navegación



▲ RÉPLICA DEL ARCA realizada por Irving Finkel a pequeña escala a partir de la información descrita en la tablilla.

La redacción del Génesis coincidió con la estancia de los escribas judíos en Mesopotamia (siglo VI a.C.), donde estos se habrían familiarizado con los registros babilonios

» de Xixutres hacia Armenia y de que encontró tierra, uno de sus hijos llamado Sem partió, dice, hacia el noroeste para reconocer el país, y llegó a una pequeña planicie atravesada por un río, al pie de una montaña de base ancha por el lado de Asiria, se detuvo ante el río durante dos días lunares y por su nombre llamó Sim al monte, y luego volvió al sudeste, de donde había venido. Y el menor de sus hijos, de nombre Tarbán, con treinta hijos y quince hijas con sus maridos, se separó de su padre, se estableció en la ribera del mismo río y por su nombre el distrito se llamó Tarawn [Tarón], y el lugar donde habitaron Tsërawnk' [Tsërônk',

'Dispersión'], porque allí fue donde los hijos de Sem se habían comenzado a separar". No creo necesario advertir sobre la evidente similitud fonética entre Xixutres y Siuzudra, por no referirme al extraordinario parecido entre la peripécia del Noé armenio y su homólogo sumerio. Ahora, volvamos a por más pistas al Museo Británico...

UNA BARATIJA MUY VALIOSA

Todo comenzó hace ahora treinta años. Cierta día de 1985, un ciudadano de nombre Douglas Simmonds se acercó hasta el Museo Británico con la intención de que alguien le asesorara sobre varias

piezas arqueológicas que había heredado de su padre, Leonard Simmonds, un piloto de la *Royal Air Force* (RAF) que había servido en Oriente Medio durante la II Guerra Mundial. A Irving Finkel no le extrañó la petición de Simmonds, pues a menudo le visitaban personas cuyos padres o abuelos, tras regresar de la antigua Persia durante cualquiera de las dos conflagraciones mundiales—Irak se vio envuelto en ambas—, traían del frente baratijas y pequeñas piezas aparentemente antiguas, adquiridas en mercadillos, cafés y hasta en plena calle, pero cuyo valor real generalmente desconocían.

▼ **MONTE ARARAT**, en Turquía, donde se dice que fue a posarse el Arca de Noé después del Diluvio Universal.





▲ **TABLILLA BABILONA (700-500 A.C.)** donde vemos una embarcación circular. Estas barquillas fueron ampliamente utilizadas como transporte fluvial en el antiguo Irak y están perfectamente diseñadas para soportar las sacudidas de las aguas embravecidas.

Lejos de importunarle, la intrusión de Simmonds proporcionó a Finkel la oportunidad de echar un vistazo a aquel nuevo e inopinado "botín de guerra", aunque su contenido estuviera apilado en el fondo de una escasamente prometidora bolsa de plástico. En cuanto Simmonds entreabrió la bolsa, el ojo entrenado del profesor Finkel detectó algo inusual. Se trataba de una característica tablilla de arcilla, algo mayor y más gruesa que un teléfono móvil, y su superficie estaba enteramente cubierta por la típica escritura cuneiforme de la antigua Mesopotamia. A Finkel se le agudizaron los sentidos, sobre todo porque, al observarla más de cerca, advirtió que en el fragmento de barro se aludía a una gran inundación y a las medidas de un barco. Con la emoción apenas contenida, Finkel explicó a Simmonds que la tablilla tenía

un gran valor histórico, rogándole que la cediera al museo para que allí la estudiaran más detenidamente y con los medios adecuados. Lamentablemente para Finkel, en los planes de Douglas Simmonds no estaba desprenderse de aquel objeto, aunque prometió al asiriólogo que le mantendría informado sobre el destino del mismo. Simmonds abandonó el museo dejando a su interlocutor con la miel en los labios. No obstante, Irving Finkel, un hombre increíblemente paciente y testarudo, no pensaba arrojar la toalla. Pasados veinticuatro años de tira y afloja, el asiriólogo convenció a Simmonds de que la tablilla debía permanecer en el Museo Británico, junto a las alrededor de 130.000 perfectamente conservadas y catalogadas que guardan sus archivos. Corría el año 2009, pero la espera había merecido la pena.

Tras cuatro décadas traduciendo infinidad de textos de la antigua Babilonia, a Finkel no le costó demasiado desentrañar el contenido de la tablilla. Además, conocía perfectamente el episodio inscrito en la arcilla. ¿Quién no ha leído u oído alguna vez el relato del Diluvio y el Arca? Sin embargo, en este caso concreto, la historia plasmada en la tablilla añadía más ingredientes al misterio de la terrible inundación que, según numerosas culturas y tradiciones provenientes de todo el mundo, habría cambiado para siempre la faz de la Tierra.

Por ejemplo, la datación de aquel fragmento de arcilla, parcialmente quemado pero perfectamente legible, lo remontaba nada menos que a entre 1900 y 1750 a.C., alrededor de 1.500 años antes de que fuese escrita la Biblia, una prueba más —como siempre han defendido Finkel y otros respetados asiriólogos— de que la redacción del Génesis coincidió con la estancia de los escribas judíos en Mesopotamia (siglo VI a.C.), donde estos, forzosamente, se habrían familiarizado con los registros babilonios.

Además, el protagonista del relato estudiado por Finkel no era el Siuzudra sumerio, sino la versión acadia del mismo personaje, de nombre Atrahasis, más generalmente conocido como Utnapishtim gracias a la difusión del *Poema o Epopeya de Gilgamesh*, texto que continúa siendo la obra épica más antigua conocida. Pero, probablemente, lo más llamativo era que en la tablilla se proporcionaban las medidas exactas del arca, se explicaba cómo y con qué materiales había que construirla y, por vez primera, se decía que la embarcación debía tener "planta circular" y no cuadrada como en otras adaptaciones del relato, pues existen hasta nueve tablillas babilonias relativas a la gran inundación que arrasó la Tierra, con leves variantes argumentales en función del momento histórico en que fueron redactadas.

En cuanto a las características generales y dimensiones de la nave, el profesor Finkel explica que, según las instrucciones presentes en la tablilla, Atrahasis debía comenzar a construirla sin que la quilla se apoyara directamente sobre ►►

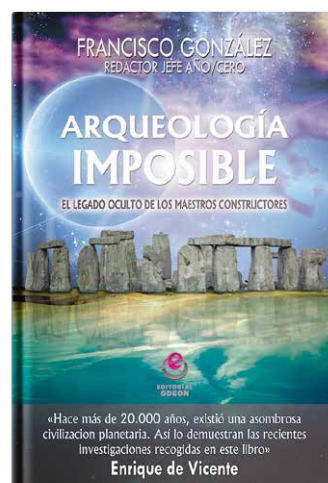
► el suelo, utilizando materiales tales como madera, cuerdas, cañas, fibras de palma, 3.600 puntales y betún, este último para impermeabilizar el casco de la embarcación por dentro y por fuera. También se detalla que Atrahasis tenía que construir celdillas en el interior del arca para mantener aislados a los animales salvajes y que estos tenían que embarcar "por parejas". Por otra parte, en relación con las dimensiones, la nave debía tener una superficie de 14.400 codos cuadrados, cifra llamativamente similar a la que se proporciona en la Biblia para el arca rectangular de Noé, es decir, 15.000 codos cuadrados (300

codos de largo, por 50 de ancho y 30 de alto), y más cercana aún a las 14.450 toneladas de arque o desplazamiento igualmente mencionadas en el libro del Génesis, cifras todas ellas que, en opinión de Finkel, sugieren la idea de que el arca del Noé bíblico resultó fuertemente inspirada por la embarcación original y mucho más antigua, al menos según las descripciones de las tablillas babilónicas. En cuanto a la morfología del arca, al científico del Museo Británico no le extraña que esta tuviera planta circular, habida cuenta que las embarcaciones más comunes que surcaban las aguas de los ríos Tigris y Éufrates eran así. De hecho,

aún en nuestros días es posible encontrar alguna de estas barcas circulares en ciertas regiones de Irak. Conocidas como *gufas*—o *kufas*—, estas embarcaciones servían para acarrear pasajeros y enseres de una a otra orilla de los ríos, siendo su diseño y materiales enormemente parecidos a los que indica la tablilla recuperada por Irving Finkel. Una cosa son las instrucciones para construir el arca y otra que estas se materializaran en el barco descomunal resultante de las mismas, cuyo tamaño, aproximadamente dos tercios de un campo de fútbol, sería a priori inasumible incluso disponiendo de la tecnología actual. ¿Se construyó finalmente el arca? ¿Existió realmente el diluvio que la hizo necesaria? Pese a las dudas de buena parte del *establishment* científico, que otorga un origen mítico a los relatos sobre el Diluvio y el Arca, provengan estos de las tradiciones mesopotámica, bíblica o de cualesquiera otras repartidas por el mundo, diversos hallazgos parecen conceder que, en efecto, en tiempos remotos se produjeron inundaciones devastadoras que afectaron a áreas muy extensas del planeta, incluida la región de Mesopotamia y el mismísimo monte Ararat. ▀



▲ **EL POEMA DE GILGAMESH** es la obra épica más antigua conocida. La narración sumeria cuenta cómo un tal Utnapishtim, tras ser advertido sobre una terrible inundación por su dios protector, Enki/Ea, recibía el encargo de construir un arca.



ARQUEOLOGÍA IMPOSIBLE

Francisco González
Odeón, 2016

331 pgs. / 18,90 €